Los discípulos y el fruto

Basado en un cuento clásico de la India

Dos muchachos de la misma pequeña aldea viajaron juntos a pie a la ermita del bosque donde vivía un reverenciado sabio, un maestro espiritual. Como era costumbre en aquella época, ambos estudiantes brahmanes viajaban al áshram del Guru para vivir y estudiar allí durante varios años antes de regresar a casa como jóvenes sacerdotes.

Después de un día de caminar, Abhay y Kirtan llegaron al áshram la tarde de un sábado. El Guru estaba sentado en su jardín con algunos discípulos que se habían reunido a su alrededor.

El Guru expuso la enseñanza de que Dios está en todas partes, Dios está en todo. Al final del *satsang*, el Guru pidió a los dos muchachos que pasaran al frente. Abhay y Kirtan se aproximaron juntos al maestro, inclinándose ante él.

Al levantar sus cabezas, el Guru dio a cada muchacho un mango maduro. Les sonrió. "Ahora –dijo–, cada quien coma este fruto en un sitio donde pueda estar solo".

Los muchachos se inclinaron otra vez y agradecieron al maestro. Tomaron con cuidado este precioso *prasad*, sus obsequios bendecidos, y se dirigieron a la choza en la que dormirían.

–Y bien, no podemos comer nuestros mangos aquí –dijo Kirtan con una sonrisa–. Estamos juntos.

–Tienes razón –dijo Abhay–. Cada quien tendrá que resolver esto por su cuenta.

Los dos fueron a comer intentando decidir el lugar donde realizarían la tarea que les había encomendado el Guru, el lugar donde cada uno comería su mango a solas.

Para cuando fueron a cenar, Kirtan ya tenía un plan. Esa noche, mientras todos dormían, se escurrió de la cama y, al amparo de la oscuridad, salió con cautela y se metió en una choza cercana, sabiendo que nadie la ocupaba en aquel momento. Sintiéndose solo, ¡y muy listo!, Kirtan comió su jugoso y delicioso mango.

Para Abhay la tarea no fue nada fácil. No pudo pensar en ningún lugar donde comer su *prasad* que le permitiera seguir la instrucción de su Guru: un sitio en el que no hubiera nadie. La enseñanza del Guru seguía resonando en su mente: *Dios está en todas partes; Dios está en todo*. Ya antes había escuchado esta enseñanza, pero escucharla del Guru permitió que se asentara en su mente de un nuevo modo. ¿Acaso no estaría Dios con él al momento de comer ese mango?

Se trataba sin duda de un acertijo, así que la mañana siguiente decidió tomar un paseo para pensar en ello. Al ir pasando por los huertos del áshram y bajo los árboles del bosque, la enseñanza del Guru fue llenando su conciencia. En la quietud de la naturaleza, el agua que fluía suavemente en un riachuelo parecía decir: *Estoy contigo*. El viento, que susurraba entre las hojas de la copa de un árbol, parecía murmurar: *Aquí estoy*. Y las aves que se posaban sobre las ramas y revoloteaban parecían cantar: *Estoy aquí contigo*. Abhay caminó y caminó, pero no encontró un lugar en donde se sintiera verdaderamente solo.

Era sublimemente feliz, andando, sosteniendo su mango en las manos. ¿Era la presencia de *Dios* lo que sentía? Abhay creía que tal vez sí lo era.

Más tarde esa mañana, cuando los dos muchachos se presentaron ante el Guru en su jardín, Kirtan se sentía triunfante.

Después de hacer su *pranam*, se incorporó con una gran sonrisa y con las dos manos bien abiertas. "Seguí tu instrucción –le dijo al Guru–. Encontré un lugar donde comer tu *prasad*, ¡y estoy seguro de que no había nadie más allí!"

El Guru asintió con la cabeza y entonces volteó a ver a Abhay. "¿Y tú? –preguntó–. ¿Cómo te fue con el mango?"

Abhay miraba al suelo consternado, sumamente consciente de que no había podido seguir la instrucción que le había dado el Guru.

"Ay, Guru ji –dijo Abhay–. Estuve buscando un sitio en el que no hubiera nadie, pero en todos los lugares adonde fui podía sentir una dulce presencia. No hubo espacio alguno en el que me sintiera solo. Pensé que tal vez era Dios quien estaba conmigo". Respiró profundamente y mostrando el mango, agregó: "No comí el fruto que me diste".

Para la sorpresa de Abhay, el Guru sonrió y, estirando su mano, le dio unas palmaditas en la cabeza. "Hijo –dijo con suavidad– efectivamente era Dios quien estaba contigo. Has entendido verdaderamente la enseñanza de que Dios está en todas partes: en todos los lugares, en todas las cosas, en todos los seres".

Kirtan miraba, y sus ojos brillaban con un nuevo entendimiento a medida que la verdad de esta enseñanza arraigaba en su propio corazón.

“Y ahora, querido Abhay –dijo el Guru sonriendo aún más–, por favor, disfruta mucho tu mango”.

Adaptación de Gajra Marquez
Ilustración de Mwenda Kudumu

© 2018 SYDA Foundation®. Derechos reservados.